

WALLENSTEIN

---

TRILOGÍA

PARTE PRIMERA

---

EL CAMPAMENTO DE WALLENSTEIN

---



## PRÓLOGO

RÉCITADO POR UN ACTOR

EN LA REAPERTURA DEL TEATRO DE WEIMAR

(OCTUBRE DE 1798)

Los espectáculos escénicos, ya risueños, ya graves, á que tan á menudo habéis prestado complaciente atención, abandonando á ellos el ánimo enternecido, vuelven á reunirnos hoy en esta sala. ¡Ved cómo fué restaurada! ¡Ved cómo las artes la adornan cual templo sonriente, y se muestra en la estructura de sus nobles columnas el sentimiento de armonía que predispone el espíritu á gratas emociones!

Este es, sin embargo, el mismo y antiguo proscenio que fué cuna de algunos jóvenes artistas y palenque donde se formó más de una reputación luégo famosa, y nosotros somos los mismos también, cuya aptitud creció con ferviente celo bajo vuestra mirada, mientras un gran maestro (1) os arrebató con su genio creador á las más altas regiones del arte dramático. ¡Ojalá el nuevo esplendor de este edificio traiga á nosotros la cooperación de otros más dignos! ¡Ojalá se realice con toda pompa la esperanza que abrigamos tanto tiempo há!

(1) Schröder de Hamburgo.

Pues los grandes modelos despiertan la emulación y dictan elevadas leyes á la crítica, sea este senado campo de un nuevo y madurado talento (1). ¿Dónde podría ensayar mejor sus fuerzas, ó renovar y reavivar su gloria ya sancionada, sino delante de esta escogida asamblea siempre sensible á la magia del arte y hábil en percibir con exquisita delicadeza los más fugaces rasgos del ingenio? Mientras la obra del escultor y los cantos del poeta alcanzan siglos de duración, el arte maravilloso del actor pasa rápidamente y sin dejar huella. En el teatro, el hechizo que el artista ejerce, muere con él; del modo que su voz en el oído, se extingue en un instante su efímera creación sin que ningún monumento durable perpetúe su fama. Su tarea es difícil, y breve la recompensa; la posteridad no teje para él coronas. Vese, pues, obligado á aprovechar el momento presente su único patrimonio, subyugar á los que le rodean, y dejar viviente recuerdo en el corazón de los más distinguidos. Sólo así se anticipa el placer de la inmortalidad; pues quien supo complacer é ilustrar á los mejores de su tiempo, vive en breve espacio lo que los inmortales.

La nueva era que para el arte de Talía se inaugura hoy en este proscenio, anima por otra parte al poeta á dejar el trillado camino y á traerlos del estrecho círculo de la vida ordinaria á más sublime teatro, que no sea indigno del carácter imponente de la época en que nos agitamos con violentos esfuerzos. Sólo los grandes asuntos remueven profundamente el alma de la humanidad; en mezquino espacio el ánimo se apoca; se engrandece con sólo aspirar á un alto fin. Hoy que alcanzamos ya el grave término de nuestro siglo, en el cual la misma realidad se reviste de poesía; hoy que vemos combatir á nuestra vista poderosos caracteres por glorioso lauro; hoy que se halla empeñada la lucha entre los dos más grandes intereses de la humanidad: la libertad y el poder; el arte dramático puede alzar á mayor altura su vuelo; no sólo puede, debe hacerlo, si no quiere palidecer cubierto de vergüenza ante el teatro de la vida real.

(1) Se alude á Iffland, el célebre actor, que había representado en aquel teatro, y que Goethe, el director del mismo, esperaba atraerse de nuevo.

Estamos viendo actualmente cómo se derrumban las firmes y antiguas bases sobre las cuales descansaba, de ciento cincuenta años acá, la paz de Europa, fruto harto caro de la deplorable guerra de los Treinta años. Permitid al poeta que vuelva á trasladaros á tan funestos tiempos, y gozaos en contemplar desde allí con mayor satisfacción el presente y el lejano porvenir tan rico en esperanzas.

El poeta va á colocaros en medio de aquella guerra. Diez y seis años de pillaje, de miseria y devastación van transcurridos, y el mundo entero, fermentando en la aflicción y la inquietud, no divisa en lontananza el menor síntoma de paz. El imperio se halla convertido en arena de combate; las ciudades están desiertas; Macdeburgo, en escombros; la industria y el comercio, aniquilados; nada es ya el ciudadano; el soldado lo es todo. La más desenfrenada licencia escarnece á la moral, y hordas groseras y desnaturalizadas por la continua guerra, acampan sobre la tierra asolada.

Sobre este sombrío fondo resalta una empresa propia de la más temeraria presunción y de un carácter audaz como ninguno. Harto le conocéis al organizador de un osado ejército, al ídolo del campamento, azote de las naciones, terror y sostén de su emperador, hijo aventurero de la fortuna, que ayudado y favorecido de las circunstancias, alcanzó rápidamente la cumbre de la gloria, é insaciable en sus deseos, y ganoso de mayor altura, vino á caer por fin víctima de su indomable ambición. Extraviado por el odio y el favor de los partidos, su carácter se nos ofrece en la historia con cierta vaguedad; mas el arte, atento á pintar su naturaleza humana, cuidará de hacerlo visible á vuestros ojos, é interesante á vuestro corazón, porque, enlazando y reduciendo á sus debidas proporciones cada una de las partes, hace retroceder toda apariencia á los límites de la naturaleza, y sorprendiendo al hombre en el torbellino de la vida, atribuye al influjo funesto de los astros gran parte de sus culpas.

No será, sin embargo, el mismo héroe quien parezca hoy en escena. En tanto que la tímida musa cobra aliento para presentarlo en su forma real, veréis flotar su sombra entre los valientes ejércitos que rige con sus órdenes y anima con su espíritu; ya que si su poderío corrompió su corazón, sólo

el cuadro de su campamento puede explicar su crimen.

Perdonad, pues, al poeta si no os lleva de golpe y con paso veloz al desenlace, y se arriesga á ofrecer en una serie de cuadros sus poderosos antecedentes. Sirva el espectáculo de hoy para disponer el oído á inusitados sonos y trasladaros á la lejana época, campo de extranjeras guerras, que llenará bien pronto nuestro héroe con sus hazañas. Y si la Musa, la libre diosa del canto y de la danza, reclama una vez más su antiguo privilegio germánico, el uso de la rima, no por esto la censuréis, antes agradeced que traiga las tétricas imágenes de la realidad á los sonrientes dominios del arte. Así descubre sinceramente la misma ilusión que produce, y no confunde pérfida la apariencia con la verdad. Grave es la vida; risueño el arte.

## EL CAMPAMENTO DE WALLENSTEIN

### PERSONAS

UN SARGENTO } del regimiento de carabineros de Terzky.  
 UN CORNETA }  
 UN CARABINERO.  
 UN ARQUERO.  
 DOS CAZADORES de la caballería de Holke.  
 UN DRAGÓN del regimiento de Buttler.  
 ARCABUCEROS del regimiento de Tiefenbach.  
 UN CORACERO de un regimiento valón.  
 UN CORACERO de un regimiento lombardo.  
 CROATAS.  
 HULANOS.  
 UN RECLUTA.  
 UN PAISANO.  
 UN CAMPESINO.  
 SU HIJO.  
 UN MAESTRO DE ESCUELA de regimiento.  
 UN CAPÚCHINO.  
 UNA CANTINERA.  
 UNA MOZA DE LA CANTINA.  
 Hijos de soldados.  
 Músicos.

La escena en Pilsen, Bohemia.



## ESCENA PRIMERA

Una cantina.—En primer término una tripería y mercería ambulante. Soldados de todos colores y uniformes atraviesan la escena. Las mesas están ocupadas todas. Algunos croatas y hulanos cuecen la comida en un brasero. Una cantinera escancia vino. Algunos muchachos, hijos de soldados, juegan á los dados sobre un tambor. Suenan dentro de una tienda algunos cantares.

UN CAMPESINO y su HIJO

EL HIJO

**A**quí, padre, no estamos muy bien; alejémonos de esa tropa. Mala gente es. ¡Como no nos den en las costillas!

EL CAMPESINO.—¡Ba! ¿se nos van á comer quizás por desvergonzados que sean? Hay entre ellos algunos llegados de las orillas del Saale y el Mein con rico botín y cosas muy raras, que han de caer en nuestras manos como seamos un poco diestros. Un capitán, á quien otro atravesó de una estocada, me dejó un par de dados con los cuales se gana siempre; voy á probar

si conservan el mismo poder. Pon la cara compungida y triste, ¡ya verás! En el fondo esa es gente alegre y bonachona que se deja llevar y que disipa el botín como lo ha ganado. Mientras ellos nos saquean á calderadas, nosotros recuperamos lo nuestro á cucharadas, y si nos dan algunos cintarazós, ya escurriremos el bulto. (*Suenan dentro cantos y gritos de alegría en la tienda.*) ¡Cómo se divierten! ¡Dios nos tenga de su mano! Luégo pagamos los campesinos la fiesta. Ocho meses hace que esa tropa se embutió en nuestras camas y establos; en muchas leguas á la redonda no queda ni una pluma, y tendremos que roernos los huesos de hambre y de miseria. No iban peor las cosas cuando nos saqueaban los sajones, y sin embargo estos se llaman soldados del imperio.

EL HIJO.—Dos salen allí de la cocina, padre. Me parece que no hay mucho que pelar con ellos.

EL CAMPESINO.—Esos son del país; bohemios enganchados á los carabineros de Terzky,... hace tiempo que los tenemos aquí de guarnición. No los hay peores en el ejército: ¡con qué arrogancia se pavonean! Cualquiera diría que son unos señorones..... tienen á menos echar un trago con los villanos... Pero allí veo tres cazadores junto al fuego; me parecen tirolese. Vamos, Emerico, vamos á ellos... Son muy alegres camaradas, que gustan de charlotear y se portan como hombres....., esos tienen dinero.

(*Se dirigen á las tiendas.*)

## ESCENA II

Dichos.—UN SARGENTO.—UN CORNETA.—UN HULANO

EL CORNETA.—¿Qué quiere ese villano? Largo de aquí, canalla.

EL CAMPESINO.—Caballeros: un mendrugo y un trago, por caridad! Todavía no hemos probado un bocado hoy.

EL CORNETA.—¡Esa gente estaría atracándose todo el día!

EL HULANO (*con un vaso*).—¿No has almorzado? pues bebe, perro.

(*Se lo lleva á la tienda; los otros se adelantan.*)

EL SARGENTO (*al Corneta*).—¿Crees tú que nos dan hoy doble soldada sin motivo, y sólo para que nos divirtamos y andemos de francachela?

EL CORNETA.—¡Como va á llegar la duquesa con su hija!

EL SARGENTO.—Ese es un pretexto; lo que hay es que ansiamos atraernos con golosinas á las tropas recién llegadas de otras provincias junto á Pilsen, y tenerlas contentas y unidas estrechamente á nosotros.

EL CORNETA.—Verdad; algo nuevo hay debajo de la manta.

EL SARGENTO.—Tantos señores generales y comandantes...

EL CORNETA.—No es muy cómodo que digamos.

EL SARGENTO.—... reunidos aquí...

EL CORNETA.—No será para divertirse.

EL SARGENTO.—Y esas conferencias... esas idas y venidas...

EL CORNETA.—Sí, sí.

EL SARGENTO.—Y ese viejo pelucón, llegado de Viena, que desde ayer andorrea por ahí con su collar de oro al cuello... Me parece que eso algo significa.

EL CORNETA.—Fijaos en lo que digo: el tal es un sabueso que sigue la pista al duque.

EL SARGENTO.—¿Has visto? No se fían de nosotros; temen los secretos designios de Friedland. Se ha subido muy alto, y quisieran derribarle.

EL CORNETA.—Pero nosotros le sostendremos. ¡Ah! ¡si todos pensarán como vos y yo!

EL SARGENTO.—Nuestro regimiento y los cuatro que manda Terzky, el cuñado del duque, son los más resueltos del ejército y los más adictos al general. Como él mismo nos ha alistado en sus banderas, y nombró los oficiales, estamos con él en cuerpo y alma.

### ESCENA III

Dichos.—UN CROATA con un collar.—UN ARQUERO saliendo detrás de él

EL ARQUERO.—¿Dónde has robado ese collar? Oye, te lo compro... á ti no te sirve de nada, y yo te doy por él un par de pistolas.

EL CROATA.—¡Cá! ¡cá! lo que tú quieres es atráparme.

EL ARQUERO.—Pues te doy encima ese gorro azul que acabo de ganar á la lotería; ¿quieres?... es magnífico...

EL CROATA (*haciendo brillar al sol el collar*).—Mira; son perlas y preciosos granates. ¡Cómo relumbra al sol!

EL ARQUERO (*cogiendo el collar*).—Te doy también por él mi cantimplora. (*Contempla el collar*.) Sólo por lo que me gusta contemplarlo.

EL CORNETA.—¡Cómo está engañando al croata! ¡Vaya, partamos, tirador, y me callo!

EL CROATA (*probándose la gorra*).—Me gusta esa gorra.

EL ARQUERO (*haciendo una seña al Corneta*).—Toma y daca; esos señores son testigos.

### ESCENA IV

Dichos.—UN CARABINERO

EL CARABINERO.—¡Hola! compañero... ¿cómo va eso? ¿qué os parece? ¿estaremos todavía mucho tiempo con las manos cruzadas, mientras el enemigo andorea por el campo?

EL SARGENTO.—Calma, calma, señor carabintero; los caminos no están aún transitables.

EL CARABINERO.—No creáis que me queje; me hallo aquí perfectamente, pero ha llegado un correo que anuncia que han tomado á Ratisbona.

EL CORNETA.—Entonces habremos de ponernos en marcha muy pronto.

EL SARGENTO.—¡Cómo! Para defender los dominios de los bávaros, enemigos de nuestro príncipe, no vamos á fatigarnos tanto.

EL CARABINERO.—¿Eso creéis? ¡Por lo visto estáis muy enterado!

### ESCENA V

Dichos.—DOS CAZADORES.—LA CANTINERA.—UN HIJO de un soldado.—EL MAESTRO DE ESCUELA.—UNA CRIADA

1.<sup>er</sup> CAZADOR.—Mirad, mirad; ¡qué alegre gente hay por ahí!

EL CORNETA.—¡Quienes son esos, vestidos de verde? Muy lindos y peripuestos van.

EL SARGENTO.—Son cazadores de Holke. No pillaron sus galones de plata en la feria de Leipzig.

LA CANTINERA.—¡Bienvenidos, caballeros!

1.<sup>er</sup> CAZADOR.—Voto á... esta es Justina de Blaswitz.

LA CANTINERA.—La misma. ¡Y el caballero es Pedro de Itzeho el largo, que en una noche se zampó en Slucktadt con el regimiento todo lo que guardaba su padre en la hucha.

1.<sup>er</sup> CAZADOR.—Y luégo troqué la pluma por la carabina.

LA CANTINERA.—¡Ya! ¡ya!... nos conocemos de tiempo.

1.<sup>er</sup> CAZADOR.—¡Y volvemos á encontrarnos en Bohemia!

LA CANTINERA.—Hoy aquí, mañana allá, compadre. La guerra es terrible, y nos empuja y barre á escobazos de un lado á otro. Yo no he viajado poco, por vida mía.

1.<sup>er</sup> CAZADOR.—Lo supongo; á la vista está.

LA CANTINERA.—Primero fui á Temeswar con los bagajes cuando íbamos á caza de Mansfeld; luégo acampé con Friedland frente á Stralsund; allí lo perdí todo. Después me largué con la tropa que acudió en socorro de Mantua, regresé con el de Fera, dí una vueltecilla hasta Gante con un regimiento español y ahora me he venido á Bohemia á ver si cobro mis atrasos, con ayuda del príncipe. Allí tengo la cantina.

1.<sup>er</sup> CAZADOR.—Se ve que hallas medio de combinarlo todo. ¿Y qué has hecho del escocés que corría el mundo contigo?

LA CANTINERA.—¡Vaya un pillastre! Bien me engañó... Se largó con todos mis ahorros ganados á fuerza de sudores, sin dejarme más que ese pilluelo.

EL CHICO (*llega saltando*).—Mamá, ¿hablas de papá?

1.<sup>er</sup> CAZADOR.—Bueno, bueno. El Emperador cuidará de su manutención. El ejército debe multiplicarse.

EL MAESTRO DE ESCUELA.—Vamos, ¡á clase... chicos, ... andando...

1.<sup>er</sup> CAZADOR.—Ya empieza á odiar el encierro.

LA MOZA (*sale*).—Tía, se quieren ir.

1.<sup>er</sup> CAZADOR.—¿Quién es esa carilla picarona?

LA CANTINERA.—Es la hija de mi hermana que se casó en esta tierra.

1.<sup>er</sup> CAZADOR.—¡Linda sobrina! (*La cantinera se va*).

2.<sup>o</sup> CAZADOR (*deteniendo á la muchacha*).—Quedaos con nosotros, hermosa.

LA MOZA.—He de servir á algunos parroquianos.

(*Le suelta y se va*).

1.<sup>er</sup> CAZADOR.—¡Buen bocado es la niña!... ¿Y la tía? ¡Con mil diablos!... Pues no son pocos los que se han batido por su buen palmito. ¡Cuánta gente se conoce en la vida! ¡Cómo pasa el tiempo!... ¡Y lo que me resta que ver todavía! (*Al Sargento y al Corneta*.) ¡A vuestra salud, caballeros... Hacednos un poco de sitio.

## ESCENA VI

LOS CAZADORES.—EL SARGENTO.—EL CORNETA

EL SARGENTO.—Mil gracias.... Con mucho gusto. Bienvenidos sean á Bohemia.

1.<sup>er</sup> CAZADOR.—Aquí, por lo visto, estáis perfectamente. En cambio, mal nos ha ido á nosotros en país enemigo.

EL CORNETA.—Pues nadie lo diría por el porte.

EL SARGENTO.—Es verdad. En el distrito del Saale y del Meissen, no hacen grandes elogios de vosotros, caballeros.

2.<sup>o</sup> CAZADOR.—Dejad que digan... ¿Eso qué importa? Peor se conducen los croatas. Nosotros no podemos hacer otra cosa que espigar el rastrojo que ellos dejan.

EL CORNETA.—Lo cual no impide que llevéis una fina chorrera de encaje, buenas botas, ropas de fino

lienzo, y un sombrero con plumas; todo lo cual os sienta á maravilla. ¡Habrán de ser siempre ellos los dichosos, sin que nunca nos toque el turno!

EL SARGENTO.—En desquite pertenecemos al regimiento de Friedland, y deben respetarnos y honrarnos.

1.<sup>er</sup> CAZADOR.—¡Vaya una lisonja! También nosotros llevamos su nombre ¡qué diablo!

EL SARGENTO.—Vosotros pertenecéis á la masa general.

1.<sup>er</sup> CAZADOR.—¿Os figuráis ser una raza especial vosotros? Toda la diferencia consiste en el uniforme, y por mí me hallo perfectamente en el mío.

EL SARGENTO.—Vaya, cazadores; por vosotros lo siento, pero el caso es que vivís en continuo trato con los villanos, y el buen tono y los finos modales sólo se aprenden al lado del general en persona.

1.<sup>er</sup> CAZADOR.—Pues poco os aprovecha la lección. Habréis aprendido sin duda cómo se suena y cómo escupe, pero no es precisamente en las paradas donde se aprende á conocer su genio militar y su talento.

2.<sup>o</sup> CAZADOR.—¡Rayos y truenos! Ved si por donde quiera que estuvimos, no nos llaman los terribles cazadores de Friedland. ¡Ah! yo os juro que no deshonoramos su nombre, ni mucho menos. ¿Quién como nosotros cruza con tal audacia las comarcas enemigas, rompiendo por campos y sembrados? Harto conocida es la trompeta de los cazadores de Holke. Acudimos á todas partes con el ímpetu de un torrente; á lo mejor de la noche caemos como incendio sobre las casas, cuando menos se piensa, sin que valga la defensa ni la fuga, y sin orden ni concierto. La guerra es implacable, amigo, y en vano patalean las doncellas en nuestros nervudos brazos. No lo digo por vanidad, pero preguntad por nosotros en Baireuth y en Westfalia; donde una vez estuvimos, los hijos y los nietos

hablarán por espacio de cien años, y cien otros más de Holke y los suyos.

EL SARGENTO.—Alto ahí. ¿Por ventura constituyen el buen soldado el tumulto y el pillaje? No, sino el tiempo, la reflexión, la destreza, el ingenio, el buen golpe de vista.

1.<sup>er</sup> CAZADOR.—Cá, no señor; lo forma la libertad. Lo demás son necedades que no merecen siquiera contestación. Tendría gracia que hubiese abandonado la escuela y sus lecciones, para hallar en el campamento la sujeción y la fatiga, y venir á encerrarme entre las cuatro paredes de un escritorio! Quiero ser libre, ver cosas nuevas todos los días, y gozar la ventura de un instante, sin preocuparme del mañana. Para vivir sin cuidados vendí mi pellejo al Emperador. Apostadme, si queréis, en medio del fuego ó sobre el Rhin, donde caigan dos soldados por tres, y no he de chistar; pero, fuera de esto, entiendo no ser cohibido en nada.

EL SARGENTO.—Si no deseáis más, podréis alcanzarlo fácilmente con vuestro uniforme...

1.<sup>er</sup> CAZADOR.—Cuando estábamos al servicio de Gustavo, rey de Suecia, ¡diablo de hombre! aquello era un tormento,... una tortura... Había convertido el campo en una iglesia. Mañana y tarde, al toque de diana, á la retreta, siempre rezando!; apenas intentábamos divertirnos un poco, ya estaba el hombre echándonos su sermón, desde la silla de su caballo.

EL SARGENTO.—Sí; era muy temeroso de Dios.

1.<sup>er</sup> CAZADOR.—No toleraba una sola mozueta en el campamento; en cuanto daba con una, la casaba. No pude soportarlo, y me largué.

EL SARGENTO.—Ahora las cosas van por bien distinto camino.

1.<sup>er</sup> CAZADOR.—Entonces me fuí con los confederados, que se disponían cabalmente al ataque de Magdebur-

go. ¡ Ah ! ¡ aquello era otra cosa ! Vino, juego, mujeres á discreción ; todo iba á pedir de boca, y nos divertíamos en grande, porque Tilly entendía el cargo, y sólo mostraba austero para sí. Cuánto á los soldados, les dejaba hacer lo que querían, y con tal que no lo pagase su bolsillo, llevaba adelante su divisa: Vivir y dejar vivir. Pero no le fué muy fiel la fortuna, y á partir de la desdichada jornada de Leipzig, la suerte nos volvió el rostro y en ninguna parte dimos con la victoria. En cuanto parecíamos y llamábamos á las puertas, las puertas se cerraban, y todos huían de saludarnos. Y como nos fué forzoso pasar en retirada de uno á otro distrito, desvanecido el respeto que nos tenían antaño, acabé por alistarme en compañía de los sajones, seguro de que hallaba con ello la ventura.

EL SARGENTO.—Y llegasteis á tiempo de saquear á Bohemia.

1.<sup>er</sup> CAZADOR.—No, en verdad ; mal me anduvo en esto. La disciplina era muy severa, y luégo no osábamos portarnos francamente como enemigos ; porque formábamos la guardia de los castillos del Emperador, y todo se pasaba en cuentos y atenciones, de modo que la guerra parecía una comedia. Hacíamos las cosas á medias,..... no queríamos romper abiertamente con nadie. En una palabra ; poca honra podía ganar por ese lado ; tanto, que ya movido de la impaciencia, me volvía á mi escritorio, cuando supe que Friedland levantaba en todas partes banderín de enganche.

EL SARGENTO.—¿ Y cuánto tiempo pensáis estar aquí ?

1.<sup>er</sup> CAZADOR.—¿ Os chanceáis ? Todo el tiempo que él permanezca al frente del ejército. Por mi vida que no pienso en tomar soleta. ¿ Dónde estará mejor el soldado ? Todo va dentro de las buenas prácticas militares, y presenta el mejor aspecto ; el espíritu que rige ese gran ejército anima como soplo poderoso hasta el último jinete. Aquí ando yo con firme planta y

paso por encima del villano, como mi general por encima de los príncipes. Todo marcha como en lo antiguo, en que el sable lo decidía todo. El único delito, el único crimen consiste en resistir á una orden ; cuánto no está expresamente prohibido, está permitido. Á nadie se le pregunta qué creencias profesa. Sólo hay dos cosas esenciales : lo que pertenece al servicio y lo que no pertenece á él. En lo demás, sólo debo respeto á mi bandera.

EL SARGENTO.—Me gusta oiros así ; habláis como un bravo jinete de Friedland.

1.<sup>er</sup> CAZADOR.—¡ Ah ! Lo que es éste no ejerce el mando como un cargo confiado por el Emperador. ¿ Á él qué le importa el Emperador, ni qué ventajas le procuró ? ¿ Ha empleado por ventura su ejército en defender y proteger al país ? No,.... lo que él quiere es fundar un imperio militar, abrasar y conmovier el mundo, emprenderlo todo y subyugarlo todo.

EL CORNETA.—¡ Chito !... ¿ Cómo os atrevéis á soltar tales palabras ?

1.<sup>er</sup> CAZADOR.—Digo lo que pienso. La palabra es libre, dice el general.

EL SARGENTO.—Verdad. Tal dijo ; yo se lo he oído más de una vez ; estaba allí. « La palabra es libre, la acción muda, la obediencia ciega. » Estas fueron sus propias palabras.

1.<sup>er</sup> CAZADOR.—Si son sus propias palabras, no lo sé, pero es cómo decís.

2.<sup>o</sup> CAZADOR.—Á él no le abandona nunca la suerte, como á tantos otros. Tilly sobrevive á su fama, pero bajo la bandera de Friedland estoy seguro de la victoria, porque la fascina, la trae sujeta á su lado, y quien quiera que combata por él se halla bajo la protección de un poder especial. El mundo entero sabe que tiene á su sueldo un demonio del infierno.

EL SARGENTO.—Es verdad ; posee un hechizo ; esto

está fuera de duda, porque en la sangrienta jornada de Lutzen corrió de un lado para otro á través de una lluvia de balas, y le agujerearon el sombrero, las botas y el colete, como se vió después, sin hacerle ni el más leve rasguño en la piel; y por qué?... porque traía un unto mágico.

1.<sup>er</sup> CAZADOR.—¿Pero por qué atribuirlo á milagro? No señor; lo que lleva es una coraza de piel de anta que le hace invulnerable.

EL SARGENTO.—No, no,..... es un unto hecho con yerbas de bruja, hervidas y cocidas con palabras mágicas.

EL CORNETA.—Todo eso no es natural.

EL SARGENTO.—Dicen que lee en las estrellas lo por venir, así lo más lejano como lo más próximo. Pero yo estoy mejor enterado de la verdad del caso: y la verdad es que con frecuencia por las noches acude á verle un hombre gris que se filtra por las puertas cerradas. Más de una vez los centinelas le han dado el quién vive, y siempre que ha aparecido el hombre ha ocurrido luégo algún suceso extraordinario.

2.<sup>o</sup> CAZADOR.—Sí; está vendido al diablo; por esto nos damos la gran vida.

## ESCENA VII

Dichos.—UN RECLUTA, UN PAISANO, DRAGONES

EL RECLUTA (*sale de la tienda cubierto con un casco, y una botella en la mano*).—¡Con Dios, padres míos! Ya soy soldado; ya no he de volver á casa en mi vida.

1.<sup>er</sup> CAZADOR.—¡Hola!... ya tenemos un nuevo camarada.

EL PAISANO.—Mira, Francisco, que vas á arrepentirte de ello.

EL RECLUTA (*cantando*).—«¡Viva el bélico sonido de trompetas y tambores! Correr y ver mundo, montar á caballo, volar lejos, libre como el pinzón entre los matorrales y á través de la inmensidad! ¡Bravo! ¡Sigo la bandera de Friedland!»

2.<sup>o</sup> CAZADOR.—Ahí tenéis un gallardo mozo.

(*Le saludan.*)

EL PAISANO.—Déjenlo en paz señores; que es muchacho de buena familia.

1.<sup>er</sup> CAZADOR.—¿Hemos nacido nosotros en la calle, por ventura?

EL PAISANO.—Os digo que es muchacho de medios y fortuna. Tocad su chamarra; ¿qué buen lienzo, eh?

EL CORNETA.—Para nosotros el mejor vestido es el que nos dió el Emperador.

EL PAISANO.—Va á heredar una fábrica de gorras.

2.<sup>o</sup> CAZADOR.—La mayor dicha consiste en hacer lo que nos acomoda.

EL PAISANO.—Luégo por su abuela tendrá un almacén y una tienda.

1.<sup>er</sup> CAZADOR.—¡Vaya!... ¿Pero á quién le acomoda vender pajuelas?

EL PAISANO.—Además de lo cual su padrino le cederá una taberna y una bodega con más de veinte pipas de vino.

EL CORNETA.—Que se beberá con sus camaradas.

2.<sup>o</sup> CAZADOR.—Oye, seremos tus amigos y parroquianos.

EL PAISANO.—Deja á su novia en la mayor tristeza.

1.<sup>er</sup> CAZADOR.—¡Bravo! Eso prueba que tiene corazón de hierro.

EL PAISANO.—¡Y su pobre abuelita, que se morirá de pena!

2.<sup>o</sup> CAZADOR.—¡Mejor que mejor!... Así heredará más pronto.

EL SARGENTO (*se adelanta con gravedad y pone la mano*